



Sweeties

ELIZABETH
BETANCOURT

SUEÑOS

Elizabeth Betancourt

Sinopsis

Melania es una joven que mudará su vida insípida participando en un programa organizado por el Gobierno Italiano que consiste en comprar una casa a un euro y reformarla en un plazo limitado, pudiendo ganar o perderlo todo. Así emprenderá un viaje hacia la Toscana donde conocerá a las personas que más amará en el mundo, la pequeña Ángela y su atractivo padre, Domenico.

Domenico es un viudo y escritor de cuentos infantiles muy exitoso. Su único amor fue su querida esposa y temiendo enamorarse otra vez, se aleja de cualquier candidata capaz de robarle el corazón, aunque una pelirroja dulce, con agallas y testaruda parece estar a punto de cambiar eso. ¿Lo conseguirá?

Capítulo 1

La maleta vieja y desgastada sobre la cama matrimonial provocaba que sus pensamientos revolucionaran otra vez. Las preguntas asaltaban su cabeza sin contemplación, cada reflexión parecía un látigo que golpeaba su cabeza como si deseará castigarla.

—*Esto es una completa locura, Melania.* —Las palabras de su prima, la perfecta, siempre coherente y lógica Danna, aparecían en su mente como si de un disco rayado se tratará.

Su familia adoptiva, La tía Mitzi, el tío Arnold y por supuesto, Danna, conseguían hacerla dudar de sí misma desde que tenía memoria. Todo lo que comenzaba a emprender y cualquier idea que se le cruzará por la mente era considerada una “locura”.

—*Deberías de pisar la tierra firmemente, Melania. ¡Fíjate en tu prima! Ha logrado conseguir un contrato fijo en el supermercado y ahora tiene un trabajo digno y más o menos bien pagado. Tú siempre aspirando a cosas imposibles... ¡Debes ser realista Melania!* —Solía decir la tía Mitzi a menudo y tarde o temprano lograba disuadirla de aquellas ideas fantasiosas que provocaban sueños de una vida diferente, una en la que se sintiera llena y ese vacío que la llevaba persiguiendo desde siempre finalmente se disipará como las cenizas del fuego que se las llevaba el viento.

La mayoría de las personas, al menos aquellas que formaban su entorno, elegirían la seguridad que les proporcionaba esa rutina y aparente apacible vida que más que pacífica era tediosa, tan estática que llegaba a ser pesada y hartaba. Sí, en definitiva, su alma necesitaba poder brincar, poder sentir una emoción nueva, sentirse viva en verdad.

Hasta hacía una semana ni se le habría cruzado por la mente algo como lo que estaba a puntito de hacer. Trabajaba en el taller de costura de sus tíos porque a Danna nunca se le había dado bien aquella labor, el taller y la costura la

aburrían de sobremanera, encontrar el empleo de jornada completa en el supermercado había sido una feliz noticia para ella, pues le gustaba moverse y en ese trabajo una siempre reponía estanterías, ordenaba, hacía inventarios y mil cosas más, además se llevaba estupendamente con sus compañeras de trabajo y no la había costado integrarse en el grupo de "Mercomax".

Quien había tenido que cargar con la difícil pareja que eran Arnold y Mitzi Wilson, había sido la joven Melania que había aprendido desde niña a lidiar con el temperamento de sus tíos.

Lo cierto es que les amaba con locura, se habían hecho cargo de ella sin dudarle ni por un segundo en cuanto sus padres, cuyos rostros apenas recordaba, no, lo cierto es que no los recordaba, se habían muerto en un accidente automovilístico dejándola sin el amparo que representaban sus figuras con tan solo un añito de edad.

El agradecimiento que sentía por los Wilson era infinito, pues la habían dado techo, comida e incluso amor a su manera, pero sus formas de pensar contrastaban muchísimo con la suya. Ella deseaba con ansias poder caminar por muchos senderos y ver hasta qué destino la llevarían. Sus sueños eran grandes y sin límites, a veces sentía que podía conseguir cualquier cosa que se propusiera, pero sus tíos la bajaban a la tierra de inmediato, matando de un tiro todos los pajaritos que volaban por su cabeza.

Tal vez fuera una soñadora irremediable a la que la realidad podía golpear con fuerza, pero una vida sin sueños, deseos y objetivos le parecía una forma de respirar insípida, como esos platos saludables que cocinaba a veces la tía Mitzi y que sabían básicamente a nada. Ni sal, ni condimentos... ¡Nada!

Suspiró por enésima vez mientras borraba las gotitas de sudor de su frente con la manga de su camisa de algodón. En su mente había una batalla, un gran dilema:

Por una parte, su lado salvaje, ese tan lleno que aspiraba por nuevas emociones que podría conservar toda la vida en forma de recuerdos y por otro, la sensatez con la que

había crecido gracias a la firme educación de sus parientes que preferían vivir en una burbuja contemplando el mundo a través de su fina capa transparente. Para ellos, la realidad consistía en ciertos pasos que uno debía dar:

El primero, por supuesto nacer.

El segundo, estudiar. Después elegir si continuar con estudios superiores o trabajar. Según el tío Arnold, la educación en la crisis que amenazaba al mundo actualmente era algo inútil que solo representaba gastos innecesarios que se podían ahorrar por si algún día los necesitaban.

El tercer paso consistía en encontrar un empleo e intentar ahorrar dinero, parecía que cuanto más se trabajaba y menos se gastaba era mejor, como si el dinero se coleccionaría. Algo que a Melania la costaba comprender, pues, aunque no había compartido su opinión con nadie de sus conocidos, ella pensaba que si uno trabajaba tenía el pleno derecho de disfrutar de la manera en que vea correcta de su esfuerzo. Curiosamente, sus tíos siempre se quedaban con todo el dinero que ganaba de las clientas del taller. Con los años, la vista de Mitzi había empeorado y a Melania se le daba muy bien coser y confeccionar... por lo tanto las mujeres del contorno solían acudir a ella.

El dinero que ganaba iba directamente a las cartillas de ahorro de la familia, para posibles percances futuros, decían sus tíos...

Era una pena porque Melania deseaba desde hacía mucho tiempo poder pagarse un curso de Diseño de moda corte y confección. Le gustaba en verdad ese trabajo, era lo único que provocaba el brillo en su mirada, quería avanzar, sentía una enorme creatividad en su interior que deseaba explorar.

A veces se imaginaba a sí misma creando diseños de vestidos y conjuntos hermosos, como las que llevaban las modelos en las pasarelas más espectaculares de París que una podía ver gracias a internet.

En su habitación, tenía montón de libros que la dueña de la librería que se encontraba al lado del taller, había te-

nido la amabilidad de regalarla. Casi todos eran sobre moda, era algo que la fascinaba e inspiraba.

Melania movió su cabeza de un lado a otro, sus cabellos del color del vino tinto se movieron salvajemente golpeando la piel de sus mejillas, como si de esa forma pudiera borrar las dudas que estaban a punto de convencerla de quedarse y seguir con su vida tal y como llevaba veinte años, pero una voz interior la gritaba que prosiguiera, que no debía temer y que ya era hora de abandonar el nido, de alzar las alas y ver lo que la deparaba esta nueva aventura, este nuevo capítulo del libro de su vida que deseaba abrir.

—Llevas reflexionando una semana, Melania. ¡Ya lo tienes decidido! —Se dijo a sí misma y un brillo adornó su mirada de color verde oliva.

La hoja que había imprimido seguía sobre su cama, al lado de su vieja maleta que había logrado adquirir en una tienda de segunda mano. Era antigua, pero desprendía clase, según Melania que se había enamorado de aquella maleta a primera vista, imaginando un viaje memorable con una sonrisa de oreja a oreja, pues para alguien que llevaba estancada en la pequeña ciudad pintoresca de "Boring", en el corazón de Oregón, era como una peripecia.

Siempre que venía un visitante al lugar donde había crecido y al cual conocía como a la palma de su mano, reía a carcajadas ya que el eslogan de aquella mini ciudad que ni debía ser catalogada como "ciudad", era: "El lugar más excitante para vivir, todos los días son una aventura". La frase que había elegido el alcalde, un vejestorio que debía tener ciento veinte años, pero que no cambiaba ni un ápice de aspecto físico como si fuera la reina de Inglaterra, contrastaba totalmente con el nombre de aquel sitio.

Se acercó al papelito que se había arrugado ligeramente, pues lo miraba cada noche antes de acostarse pensativa. Pronto las reflexiones sobre si esta decisión era tan acertada como en su imaginación, se convertían en sueños. Con una media sonrisa, lo tomó entre sus dedos y leyó por enésima vez el anuncio que iba mudar su vida:

Fabbriche di Vergemoli (Toscana)

La hermosa zona, frecuentada en el pasado glorioso del país por grandes artistas, está dentro del proyecto europeo de la compra de casas por un euro. Debido al gran descenso de habitantes del país por culpa de la crisis, el gobierno ha optado por este nuevo y revolucionario método que es perfecto para los amantes de la naturaleza, las almas sensibles y artísticas que deseen la libertad y lanzarse a la gran aventura de reformar un hogar y devolverle su grandeza de antaño en cinco años. Para más información, consulte a la siguiente dirección web: www.casasporuneuroeuropa.it

El anuncio estaba acompañado de una imagen de la zona que quitaba el aliento. El verdor de los prados, el cielo de un azul tan claro y hermoso que seguramente las mejores poesías se debían haber inventado contemplando semejante panorama.

Aquella tierra en plena primavera, adornada por varios colores intensos que se mezclaban en el verde del inmenso prado. Los rayos del sol parecían caminar por el campo y las flores parecían aplaudir antes de que la luna, como buena madre que era, les mandara dormir y descansar en el confort de la noche. Aquellos rayos iluminaban a un caserón de tejas verdes como si fuera el protagonista de un escenario de algún musical famoso. La paz que transmitía la imagen llevaba a la joven mujer a visualizarse sentada en las escaleras blancas decoradas con pequeñas macetas de flores bien cuidadas, bebiendo una copa de vino blanco y observando la luna mientras soñaba despierta.

En la página web, la descripción de la hermosa casa, resultaba muy apetecible de aceptar la única y especial oferta con la cual uno pocas veces podía encontrarse en la vida.

Seis habitaciones, una sala de estar y comedor, una cocina, un mirador amplio con vistas espectaculares e inspiradores y un sótano, además de las extensas tierras que también estaban dentro de aquella oferta más que generosa.

—Es una propuesta tan diferente y singular que no aceptarlo y lanzarse podría llevarme a lamentarme y pre-

guntarme durante el resto de mi vida lo que habría pasado en caso de haber aceptado...

Habló sola consigo misma, como solía hacer. A veces su familia la miraba como si fuera un bicho raro cuando hacía ese tipo de cosas.

Lo cierto es que su pueblo, no era tan diferente a aquella imagen que sostenía en sus manos con ilusión. Había prados, ovejitas y unas noches estrelladas que daba gusto disfrutar observando el colosal cielo, pero no representaba ninguna aventura para ella, era un sitio estático en el que uno no podía evolucionar y hacer sin miedo las locuras que se le ocurrían ya que su carácter inquieto por naturaleza, la obligaba a explorar esa sensación de hacer cosas diferentes, de conocer la parte más divertida de su ser, esa parte de niña que la mayoría enterraba como si fuera un ser irracional y estúpido cuando en su opinión, no había más sabiduría que la que albergaba un niño pequeño cuya alma era alegre y sin maldad alguna en su pequeño cuerpecito.

Reformar una casa a su gusto, en un país diferente, una cultura diferente y hasta un idioma totalmente distinto... Todo eso representaba una oportunidad única para vivir algo que esperaba lograr llenar su corazón, algo que la hiciera sentirse orgullosa de sí misma. Definitivamente era un reto. Iba a enterrar los miedos bajo una capa de acero.

El rostro de Melania resplandecía y su corazón se emocionaba. La pelirroja respiró hondo para calmar sus agitados latidos, antes de empezar a meter más ropa en su maleta doblando cada camisa y vaqueros, lo que más predominaba en su armario, con sumo cuidado. Sus cositas eran viejas, algunas ya con el color desteñido, pero ella las cuidaba e incluso, a algunas prendas las había customizado gracias a las telas sobrantes de algunas clientas que eran de colores bastante interesantes.

Empezó a reír al recordar a la tía Mitzi, lo furiosa que parecía cuando un día la había visto con unos viejos vaqueros a los que había remodelado y parecían nuevecitos. —“¡No me puedo creer que hayas derrochado dinero para un capricho tan tonto!” —Había gritado la mujer. Su voz era

aguda y chillona y al ser ella diminuta, parecía un duende enfadado. Melania se había aguantado a duras penas la risa, intentando explicar con calma que los vaqueros los había creado ella. Un hecho que no había logrado calmar la ira de su tía, sino al contrario, reforzarla.

Sumida en sus pensamientos, diciéndose a sí misma que una vez iniciada esa nueva vida, ese nuevo capítulo, recordaría a su pueblo y a su gente con cariño, ni se percató de que la puerta de su habitación se abría.

Mitzi Wilson miraba a su sobrina con odio, fulminando a la muchacha mientras el corazón se le llenaba de un terror que estaba a punto de dejarla paralizada como una estatua de hielo, pues la idea de que el chollo que se había montado durante largos años se terminará, la mortificaba.

La idiota que estaba de espaldas a ella, siquiera se daba cuenta de la importancia que representaba en su familia, hablando económicamente claro está. Era tan tonta que no se enteraba cuando alguien la usaba a su antojo, pero eso sí, era mañosa, tampoco diría talentosa, pero sí bastante diestra en el trabajo y se había ganado a bastantes clientas de la ciudad y alrededores. Desde que trabajaba en el taller de costura, casi todo el dinero que ganaba se lo quedaban ella y su esposo. La había instruido bien, era obediente y trabajadora, pero tenía grandes aspiraciones, lo cual era una gran molestia.

Mitzi no sentía ninguna culpa por lo que hacía, lo sospechaban todas las personas que conocían a su familia, pero le importaba un comino. Había acogido a esa pequeña perra y lo justo era que se llevará algo a cambio. No estaba dispuesta en absoluto perder los ingresos que la muchacha ganaba, pues le venían estupendamente y vivía de manera despreocupada, tal y como le encantaba.

Sonrió maliciosa, no sería la primera vez que la disuadía, podía lograrlo una vez más y aprovechar la ayuda de la joven hasta que su esposo logrará ganar más dinero, pues según él, pronto iba a hacer un negocio muy exitoso con un empresario con el que había coincidido en una taberna y se había tomado un par de cervezas, al parecer Arnold le ha-

bía caído muy bien al hombre y le había soltado una lacrimógena historia que el muy imbécil se había tragado.

—*“Llevo desde hace años con la ciática. Me impide trabajar y cuidar de mi familia como cualquier hombre debería hacer. Me siento un inútil, dependiendo del taller de mi querida esposa.”*

Solía decir el muy rufián en cuanto detectaba a una pobre alma al cual chupar la sangre.

En realidad, su esposo estaba como un roble, pero un vago de mierda al que le encantaba la buena vida. Mitzi ya lo sabía desde que había dado el: “Sí, quiero” en el altar. Habían vivido bien gracias al taller que había heredado de su padre y gracias a la buena de Rowena, su difunta hermana.

El recuerdo de sus ojos risueños y ese tono de cabello, similar a un cupcake, no despertaba tristeza en Mitzi que ciertamente, jamás había sentido un amor profundo hacía su hermana menor. Eran distintas en todos los aspectos. Rowena alta y muy grácil mientras que ella, de estatura baja, con un rostro tan común que pocos recordaban sus facciones. En cuanto al carácter, sucedía algo muy similar. El carácter jovial que había tenido la difunta contrastaba con la seriedad de Mitzi que ahora se podía contemplar en cada arruga que adornaba la piel de la zona inferior de sus ojos.

Lo cierto es que desde pequeña la odiaba. Rowena era la niña perfecta, algo que sus padres nunca perdían la oportunidad de recalcar. Ellos siempre habían demostrado cuál era su hija favorita. Todo lo que hacía su hermana era algo asombroso y digno de aplausos, un motivo de regodearse ante sus amistades, mientras a ella siquiera la mencionaban.

Incluso muerta, debía soportar a los comentarios de personas que no hacían más que recordarla lo especial que era Rowena y lo común y simple que es ella.

—*“Desde luego, dios se lleva a los mejores”. “¡Qué pareja más bonita eran Rowena y Cup Miller! Una desgracia, tan jóvenes, tan buenos y guapos”. “Murieron en la flor de*

la vida, justo cuando sus carreras de periodistas se desarrollaban” “¡Qué pena!, pero al menos dejaron a una niña hermosa en el camino” “La dulce Melania tiene los ojos de su madre. ¡Es su viva imagen!”

Y era cierto, la niña ya se había convertido en toda una mujercita y demasiado bella, era como contemplar a Rowena a los veinte años.

Los labios de la mujer formaban una fina línea que convertía su rostro en mucho más desagradable a la vista. Su nariz puntiaguda y aguileña parecía realzarse más y las cejas juntas daban la sensación de que era alguien severo.

La edad no le sentaba precisamente bien a Mitzi, tal vez por culpa del odio y coraje que albergaba ese corazón suyo que con cada día estaba más podrido.

—¿Qué es lo que hace mi niña hermosa? —Preguntó con una amabilidad más exagerada que las tetas de una típica actriz rubia de Hollywood.

Melania dio un respingo y sonrojada como un tomate se dio la vuelta con la mano sobre el pecho debido al susto.

—¡Tía Mitzi! —Exclamó la joven mientras los pelos se le ponían de punta. Aunque la mujer tenía dibujada una sonrisa en su rostro, algo en ella, que Melania no podía descifrar le provocaba pavor.

—Estoy preparando el... el... el equipaje. ¡Ya lo tengo decidido! —Se explicó la pelirroja de forma atropellada, ya que la mujer seguía con esa sonrisa extraña sin que una sola palabra fuera pronunciada por sus labios.

—Oh, querida, tú siempre tomando decisiones tan torpes. ¡A quién se le ocurre semejante chorrada, cielo! Irte a un país donde no conoces a nadie y comprar una casa que quién sabe en qué condiciones estará. Si eres incapaz de cuidarte, cómo crees que serás capaz de empezar a cuidar de una casa, en un país tan diferente al tuyo. ¿Tienes idea querida de la corrupción que existe en ese país? —Preguntó Mitzi con los ojos abiertos de par en par. La exorbitada expresión de la mujer estaba a punto de provocar la risa en Melania, pues a su parecer, su tía había visto tan poco mundo que sus prejuicios la cegaban por completo.

—Tía Mitzi, Italia es uno de los países con más historia, una de las culturas europeas más apreciadas y uno de los territorios con más arte existentes. —Explicó la joven con una sonrisa tierna.

—¿Y para qué necesitas tú eso? Niña, eres una soñadora sin remedio. ¿Te crees artista por poder coser un par de botones? Sé que probablemente te imaginas una vida idílica en la que logras llegar a ser alguien importante y disfrutas de la vista de los bellos paisajes que ofrece el país y de su gente abierta y amable... Pero eso solo ocurre en las películas. La vida real es muy diferente y debes aceptar que tú no eres especial mi niña, debes ver tus posibilidades reales e intentar labrarte una vida digna, como la que yo y tu tío te ofrecemos en el taller. A caso, ¿no agradeces toda la ayuda que te brindamos? Hemos tenido que sacrificar muchas cosas para tu bienestar y tú siempre te has mostrado tan... necia.

Inmediatamente la culpa comenzó a calar en el corazón de Melania, que tras conversar con su familia siempre acababa sintiéndose como una desagradecida por desear cosas que probablemente muchos de su edad querían. Tener sueños y metas no sonaba nada mal en su cabeza, pero cuando Mitzi hablaba con ella, todas sus opiniones y convicciones solían mutar y acababa de lo más confundida.

La mujer pudo apreciar en los ojos de su sobrina que había logrado sembrar la duda. Sonrió de forma sibilina, la había criado bien, desde luego que había hecho un buen trabajo creando a un ser inseguro y tan obediente que una no podía aguantarse las ganas de exprimirla por completo, de usar ese cerebro de ovejita que tenía para conseguir sus objetivos.

Mitzi Wilson se sintió orgullosa de sí misma, desde luego que pocos tendrían esa idea tan maquiavélica y conseguirían básicamente a una sirvienta gratuita.

Sí, había sido difícil cuidarla de bebé, sobre todo por falta de ganas, pero un buen incentivo era la herencia que los padres de la niña le habían dejado y que ella había usa-

do a su antojo. Melania siquiera tenía idea de poseer una herencia.

Tal vez su hermana fuera una estudiante ejemplar, tal vez su conversación fuera cautivadora al igual que ella, pero era incapaz de manipular y con los años Mitzi había comprendido que ese talento se lo había quedado ella.

Incluso había logrado engañar a sus padres que vivían en lo alto de una colina en un pueblo apacible y muy tranquilo, disfrutando de su edad avanzada, cuidando de su pequeña huerta y jardín. Se habían alegrado mucho cuando tras la muerte de Rowena ella se había quedado con el bebé de esta. Esa decisión había contribuido a que la opinión de muchos cambiará respecto a ella y a su familia. Ahora existían los incautos que creían en su bondad, en sus intenciones gentiles con respecto a Melania que se ganaba al igual que su difunta madre el cariño de todo aquel que la conociera. Un hecho que mejoraba la reputación de los Wilson.

—Creo que siempre he demostrado con creces el agradecimiento profundo que siento hacia esta familia, pero ya soy una mujer adulta y es la hora de vivir mi vida. Es el tiempo de volar del nido, aprender y saborear el mundo que me rodea. Es algo que sucede tarde o temprano... Mi prima, por ejemplo, no vive en la casa, tiene su pisito, no veo un inconveniente en que yo tenga ya mi vida apartada a la vuestra, tía, y eso no significa que sea una desagradecida, sino que ya he crecido y siento que debo independizarme. —Habló de repente Melania dejando a Mitzi boquiabierta. Generalmente la niña no rechistaba, pero al parecer, la necesidad de sentir libertad y de poder tomar sus propias decisiones había aumentado de manera drástica.

—Cielo, puedo comprenderlo... Pero tu prima está casi al lado de casa, mientras que tú te quieres ir a vivir a kilómetros de distancia. —Contrató Mitzi, cambiando el tono de voz que empleaba e intentando parecer indulgente ante su sobrina. Más valía que estuviera bajo distinto techo que a tanta distancia donde sería imposible seguir manejándola.

—Lo siento tía, pero es mi decisión y debes respetarla. He ayudado cuanto he podido aquí, mostrando mi infinito amor y cariño por ustedes, pero esta no es la vida que quiero tener, no es el futuro que quiero vivir. Así que lo lamento, pero iré a probar mi suerte en Italia y tal vez me equivoque, pero son mis errores y soy yo la que tendrá que lidiar con ellos. Me gustaría poder irme sin dramas y con una linda despedida...

Aquellas palabras dejaron a la mujer realmente atónita. Al parecer aquella pequeña perra había tomado una decisión tan firme como las rocas. Ese hecho enfureció a Mitzi de tal manera que la mascaró que siempre llevaba en el rostro se le cayó rompiéndose en pedazos, símbolo de que las verdaderas intenciones tarde o temprano se mostraban en todo su resplandor, por muy buen actor que uno fuera. Algo en el interior de la mujer diminuta y aparentemente sin maldad, la decía que su bienestar económico finalizaba sin que pudiera hacer algo al respecto.

—¡Haz lo que quieras perra asquerosa! —Gritó aquella que de edad era mayor, pero de mente y de corazón tan pequeña que uno podía llegar a sentir cierta lástima por ella.

Melania se había quedado helada y bastante dolida por el exabrupto tan inesperado. Lo cierto es que hacía mucho tiempo sospechaba cosas sobre su familia adoptiva, pero no podía admitirse a sí misma aquellas horrendas opiniones que siempre atribuía a su gran imaginación, aunque viendo los ojos de su tía fijamente, se preguntaba a sí misma si todas aquellas sospechas eran más reales que la propia realidad que la rodeaba.

—¿Por qué me hablas de esa manera, tía? —La pregunta salió de sus labios de manera involuntaria. El tono de su voz irradiaba tristeza, se resquebrajaba al formular la cuestión, temiendo oír una respuesta. Su expresión era de temor y de angustia, su juventud podría provocar calor en cualquier corazón y un deseo de abrazarla porque se veía tan débil ante la pequeñita mujer cuyos ojos no expresaban más que rencor y odio.